

cupar al público, y arrebatarle la palma del descubrimiento. Si la Pinta se perdiese, la situación de Colon sería aun más crítica. Solo un buque mal pertrechado y pésimo velero sobreviviría a su expedición. De la precaria vuelta de una quebrantada barca al través de tan inmensas extensiones del Océano, dependería el éxito de su expedición. Y si esta embarcación naufragase también, con ella finirían todos los recuerdos de su grande descubrimiento: la oscuridad de su destino desanimaría las futuras empresas, y el Nuevo-Mundo permanecería desconocido como lo estaba antes. No osaba Colon arriesgarse a tanto prolongando su viaje, para explorar aquellas magníficas regiones, que parecían brindarle por todas partes con su hermosura; y así, se decidió a no perder tiempo; volviendo vía recta a España.

Mientras se edificaba el fuerte, continuó recibiendo el Almirante pruebas diarias del afecto y amistad de Guacanagari. Siempre que la superintendencia de las obras le llamaba a tierra le recibía aquel caudillo con la más cordial y sincera hospitalidad. Preparó para él la casa mayor del pueblo, cubriendo el suelo con hojas de palma, y amueblándola con escaños de una madera negra y luciente parecida al azabache. Cuando recibía al Almirante, era siempre a guisa de rey, poniéndole al cuello alguna joya de oro, o haciéndole algún regalo de valor.

Una vez bajó a recibirlo hasta la orilla del mar, seguido de cinco caciques tributarios, cada uno con una diadema de oro; le condujeron con mucha deferencia a la ya dicha casa, donde sentándolo en una de las sillas, se quitó Guacanagari su propia corona de oro, poniéndosela en la cabeza: Colon se quitó un bello collar de cuentas que llevaba, y se lo puso al cacique en el cuello; le vistió también un manto de fina tela, le dió un par de bolas de color, y le ciñó al dedo una grande sortija de plata, cuyo metal los indios estimaban en mucho por no tenerlo en su isla. Tales eran los actos de benevolencia y amistad con que se trataba de continuo Colon y este cacique de pródigo y levantado corazón.

También se esmeró en procurar al Almirante una grande cantidad de oro para antes de supartida. Estas remesas, y los vagos informes que por signos e imperfectas interpretaciones llegaban a Colon, escitaron en su ánimo magníficas ideas de la riqueza que existiría en el interior de la isla. Los nombres de montañas, provincias y caciques se confundían y mezclaban en su imaginación, y suponía que se encontraban lugares donde se hallaban grandes tesoros: especial y continuamente ocurría el nombre de Cibao, dorada región de las montañas, donde se procuraban los indios minerales para sus adornos. En el pimiento, de que abunda la isla, creía Colon hallar trazas de las especias orientales, y se figuró haber encontrado muestras de ruibarbo.

Pasando con su acostumbrada grandeza de alma de la ansiedad y la duda a los más lisonjeros ensueños, consideraba su naufragio como uno de aquellos afortunados sucesos, misteriosamente prevenidos por el cielo, para proporcionar el buen éxito de su empresa. Sin este aparente desastre no se hubiera detenido en la isla, ni averiguado su secreta opulencia; porque no era su intención otra, que la de tocar a varios puntos de la costa, y seguir adelante. Y en prueba de que la Providencia divina se había manifestado en estos sucesos, cita la circunstancia de haber naufragado en perfecta calma, sin mar y sin viento, y la deserción del piloto y marineros que fueron a llevar el ancla por la popa, pues que si hubiesen obedecido sus órdenes, se habría arrastrado el buque onera de la arena, y hubiera seguido su viaje, quedando ocultos para ellos los tesoros que entrañaba la isla. Contemplaba ya los gloriosos frutos que le produciría en adelante aquella fugaz avería; porque es-

peraba, dice, encontrar a su vuelta de España una tonelada de oro, ganada en legítimo comercio por los españoles que atrás dejaba, quienes habrían descubierto, además, especias y minas en tanta abundancia, que los soberanos podrían en menos de tres años emprender una cruzada para el rescate del Santo Sepulcro. Porque así se lo protestó a vuestras Altezas, añade, que toda la ganancia que de esta mi empresa resultaría, se gastase en la conquista de Jerusalem, y vuestras Altezas se rieron, y dijeron que aun sin esto estaban bien dispuestos a ello.

Este era el visionario pero levantado entusiasmo de Colon, cuando deslumbrado por sus descubrimientos soñaba encontrar mares de riquezas. Lo que en algunos ánimos hubiera despertado la sordida codicia de atesorar oro, llenaba de sbito su fantasía de proyectos de magníficos dispendios. ¡Pero cuán pobre es la inteligencia humana, cuando intenta sondear los arcanos de la divina Providencia! El naufragio que consideraba Colon un acto del favor divino, una revelación de los secretos de aquellos países, solo sirvió para encadenarlo y limitar sus descubrimientos. Eslabonó su fortuna por el resto de sus días a esta isla, destinada a serle fuente de cuidados y turbaciones, a hacerle caer en la incertidumbre, y a llenar sus últimos años de humillación y amargura.

CAPITULO XI.

REGULACION DE LA FORTALEZA DE LA NAVIDAD.—SALIDA DE COLON PARA ESPAÑA.

TANTA fue la actividad de los españoles en la construcción de su fuerte, y tan asidua la ayuda de los habitantes de la isla, que en diez días ya estaba pronto para el servicio. Hicieron una grande bóveda, erigiendo encima una torre de madera, y rodeándola de un ancho foso. Proveyéronla de cuantos pertrechos se habían sacado del naufragio ó podía ceder la otra carabela; y montados ya los cañones, tenía un formidable aspecto, suficiente para intimidar y repeler los desnudos habitantes. Era Colon de dictámen que bastaría poca fuerza para subyugar a toda la isla. Consideraba una fortaleza y las restricciones de la guarnición mas necesarias para mantener el orden entre los españoles mismos, e impedir sus escursiones y los escesos que pudieran cometer entre los indios.

Acabada la fortaleza, le dió, así como al puerto y población adyacentes, el nombre de la Navidad, en memoria de haber escapado del naufragio en día de pascua. Tenían muchos el afán de quedarse en la isla, y entre estos escogió los treinta más idóneos y de más ejemplar conducta. Dióle el mando a Diego de Arana, natural de Córdoba, escribano y alguacil de la escuadra, revistiéndole con el pleno poder de que él mismo había sido investido por los soberanos católicos. En caso de su muerte, debía sucederle Pedro Gutierrez, y a este Rodrigo de Escovedo. Se había salvado del naufragio el bote y lo dejó para pescar; muchas semillas, a más de una grande cantidad de artículos de tráfico indiano, para que se procuraran todo el oro que les fuese posible, antes de la vuelta del Almirante. Quedaron entre los individuos de la guarnición un físico, un carpintero náutico, un calafate, un tonelero, un sastre y un armero, todos hábiles en sus respectivas profesiones.

Al acercarse el tiempo de su partida juntó Colon la gente que debía permanecer en la isla, y les dirigió un discurso preñado de vehementísimos conceptos. Les encargó, en nombre de los soberanos, una estricta obediencia al oficial a quien él había confiado el mando. Encargóles el mayor respecto y deferencia al cacique Guacanagari y a sus ministros, y que jamás olvidasen cuánto debían a su benevolencia, y cuán importante era que sus pruebas de amistad no se extinguiesen para su propia prosperidad. Que fuesen

circunspectos en su comercio con los indios, tratándolos siempre con suavidad y justicia, y evitando todo acto violento y toda disputa, pero principalmente que fuesen discretos en su conducta con las mujeres indias, frecuente manantial de disturbios y desastres en el comercio con las naciones salvajes. Advertiéndoles además, que por ningún pretexto se dispersaran, sino que siempre estuviesen juntos, puesto que de su unión dependían su seguridad y fuerza; prohibiéndoles también el que pasaran más allá de los territorios de Guacanagari. Recomendó a Arana y a los otros gefes, que no perdonasen trabajo alguno para adquirir perfectos y valederos datos de los productos y minas de la isla, para procurarse oro y especias, y para explorar la costa en pos de un territorio mejor situado en que establecer una colonia, siendo aquel puerto peligroso, por las rocas y bancos que sitiaban su entrada.

El 2 de enero de 1493 desembarcó Colon para despedirse del generoso cacique y sus capitanes, pensando darse a la vela al día siguiente. Dióles en señal de despedida una fiesta en la casa que le habían destinado, y recomendó a la bondad de los indios los hombres que quedaban, particularmente a Diego de Arana, Pedro Gutierrez y Rodrigo de Escobar, sus lugar-tenientes, asegurándole al cacique, que cuando volviera de Castilla, traería abundancia de joyas más preciosas, que nunca él y sus gentes habían visto. El digno Guacanagari manifestó un profundo deseo de su pronto regreso, y le aseguró que los españoles que quedaban no carecerían jamás de provisiones ni de cualquier otro servicio que estuviese en su mano hacerles.

Para grabar más y más en la imaginación de los indios la idea de la condición guerrera de sus gentes, mandó que estas ejecutasen escaramuzas y simulacros de guerra. Usaron en ellas las espadas y escudos, lanzas y arcas, cañones y arcabuces. Quedaron los indios sorprendidos al ver el corte de las espadas, y la mortífera potencia de las flechas y arcabuces; pero cuando descargó la fortaleza sus pesadas bombardas, envolviéndola en orlas de humo, estremeciendo las selvas vecinas con su trueno, y desgajando los árboles con las balas de piedra que se usaban entonces, la reverencia más profunda se mezcló con su admiración. Pensando que todo aquel tremendo poder se emplearía en protegerlos, se regocijaban y temblaban al mismo tiempo; pues ya su isla estaba a salvo de los indomables caribes, y ellos mismos libres del cautiverio.

Cuando se hubieron concluido las festividades del día, abrazó Colon al cacique y sus principales capitanes por última despedida. Guacanagari se conmovió mucho y vertió abundantes lágrimas; porque al paso que le llenaban de reverencia la dignidad del Almirante y la idea de su naturaleza sobrehumana, le cautivaron completamente su benignidad y mansedumbre. La despedida les fue en efecto dolorosa a ambas partes. La llegada de los buques fue un suceso de admiración y estímulo para los isleños, que solo habían hasta entonces conocido las buenas cualidades de sus huéspedes, y enriquecidos con sus dones celestiales; mientras lisonjeaba a los rudos marineros europeos la deferencia con que los trataban, hechizándolos la bondad e ilimitada benevolencia de los indios.

La despedida más triste fue entre los españoles que partían, y los que se quedaban en tierra; porque la fuerza del peligro enlazaba indisolublemente el corazón de los hombres. La reducida guarnición, empero, manifestó buen ánimo e indomable resolución. Esperaban ya con seductores proyectos el día en que el Almirante volviera de España con refuerzos considerables, y le prometieron darle buena cuenta de todo lo que quedaba a su cuidado. La carabela se detuvo un día más, por la ausencia de algunos de los indios

que debían ir a España. Al fin, se disparó el cañon de leva; dieron el último saludo al puñado de camaradas que dejaban en los desiertos de un mundo desconocido, los cuales repitieron sus muestras de dolor, teniendo clavados los ojos en la ruta que seguían sus compañeros hasta que se perdiera en la inmensidad de los mares. Estaba decretado que jamás les darían la bienvenida por su vuelta.

LIBRO V.

CAPITULO PRIMERO.

COSTEO HACIA EL EXTREMO ORIENTAL DE LA ESPAÑOLA.—ENCUENTRO CON PINZON.—ESCARAMUZA CON LOS INDIOS DEL GOLFO DE SAMANA.

(1493.)

El 4 de enero se dió Colon a la vela en la Navidad para regresar a España. Estaba el viento ligero, y fue preciso sacar la carabela del puerto a remolque, para librarla de los escollos de que estaba rodeada. Siguiéron luego el rumbo del Oriente hacia un alto promontorio cubierto de árboles y yerbas, que en la forma de una tienda de campaña aparecía desde lejos como una escelsa isla, unido a la Española solo por una baja garganta de tierra. Dió Colon a este promontorio el nombre de Monte-Christi, por el que se conoce todavía. El país de las inmediaciones era plano, pero se elevaba hacia el interior una cordillera de montañas, bien abastecida de maderas, con anchos y fructíferos valles, regados por abundantes aguas. Habiéndose manifestado contrario el viento, se detuvieron cuarenta y ocho horas en una bahía al Occidente del promontorio. El 6 hicieron de nuevo vela con viento de tierra, y doblando el cabo navegaron diez leguas más, cuando se les cambió otra vez el viento. A esta sazón, un marinero que estaba de guardia par avisar si había rocas, gritó que divisaba la Pinta. Alegráronse todos de la noticia, siendo feliz acontecimiento el de encontrar de nuevo a sus compañeros por aquellas solitarias mares. La Pinta vino directamente hacia ellos con viento en popa; y viendo el Almirante que era en vano luchar con el tiempo adverso, y que no había anclaje seguro en las inmediaciones, volvió a la bahía de Monte-Christi, seguido por la otra carabela. En la primera entrevista hizo grandes esfuerzos Pinzon para hacer valer su pretendida inocencia, diciendo que circunstancias independientes de su voluntad le habían obligado a separarse, y dando excusas de suyo frívolas e infundadas. Colon refrenó su indignación, y las admitió tácitamente. Tenía Pinzon mucho partido en la escuadra; los más de los marineros eran sus conciudadanos; muchos de ellos sus parientes, y uno de los gefes su hermano; mientras Colon era extraño, y lo que es peor extranjero. Pinzon, poco generoso, había abusado de estas circunstancias muchas veces durante el viaje, abrogándose una no debida importancia, y tratando al Almirante con desatención. Poco deseoso de provocar rencillas que pudiesen comprometer el viaje, escuchó Colon pasiva pero incrédulamente las excusas de Pinzon, convencido de que se le había separado con plena voluntad de hacerlo, y por motivos de egoísmo e intereses. Varias circunstancias, algunas contenidas en su propia apología, y otras en las narraciones de sus compañeros, confirmaron esta opinión. Le había evidentemente estimulado un impulso repentino de avaricia. Al separarse de la otra carabela, tomó al Oriente en busca de una isla de imaginaria opulencia, descrita por los indios de su buque. Después de perder mucho tiempo entre una piña de isletas que se supone serían los Caicos, le guiaron al fin los indios a la Española, en donde había pasado tres semanas, comerciando en varias partes con los naturales; espe-

cialmente en un río á quince leguas del puerto de la Navidad. Había reunido gran cantidad de oro, la mitad del cual retuvo como capitán, dividiendo la otra entre los marineros, para asegurar su fidelidad y comprar su silencio. Después de hacerse con un botín considerable, dejó el río, llevándose cuatro indios y dos machas que tomó á la fuerza, para venderlos todos en España. Pretendía ignorar que estuviese Colon cerca de él en la misma isla, y aseguraba que iba en su busca cuando lo encontró en el Monte-Christi.

Habiéndosele juntado la otra carabela, hubiera querido el Almirante explorar las costas de aquella imaginaria isla de Cipango: en cuyo caso no dudaba que podía cargar sus bajeles de tesoros; pero no tenía ya confianza en los Pinzones, estaba sujeto á sufrir su frecuente arrogancia y contradicción, y no seguro de que Martín Alonso no volviese á desertarse. Determinó en consecuencia seguir su viaje á España, y explorar en otra expedición aquellas doradas regiones.

Mandó por lo tanto los botes á un río que desembocaba en la bahía, para que hiciesen provision de agua y leña para el camino. Este río, llamado por los naturales el Yaque, desciende de las montañas del interior, y se enriquece antes de desaguar en el mar con las aguas que le tributan varios afluentes. Colon observó entre las arenas del desembocadero muchas partículas de oro, y encontró otras adheridas á los aros de los barriles de agua; por eso le llamó río de oro, hoy de Santiago. En las cercanías se hallaban tortugas de gran tamaño. También dice Colon en su diario que vió tres sirenas á flor de agua, y que ya había visto otras en la costa de Africa; y añade, que no eran de modo alguno tan bellas como se había supuesto, aunque poseían algunas facciones del semblante humano. Es probable que fuesen estas focas ó becerros marinos, vistos confusamente y desde lejos; y que la fantasía de Colon, propensa á dar maravilloso carácter á cuanto existía en el Nuevo-Mundo, confundiese aquellos deformes animales con las sirenas de la fábula antigua.

En la tarde del 9 de enero se dieron otra vez á la vela, y al día siguiente llegaron al río donde Pinzon había estado comerciando, y al que dió el nombre de Gracia; pero tomó la apelación de su descubridor original, y siguió llamándose por mucho tiempo río de Martín Alonso. Allí recibió pruebas adicionales de la criminalidad y falacia de Pinzon; averiguando que había estado diez y seis días en el río, aunque obligó á su tripulación á declarar que solo fueron seis; y que había recibido noticias del naufragio del puerto de la Navidad, esperando para darse á la vela en socorro del Almirante, el haber satisfecho con la colección del oro sus propios intereses. Colon también se abstuvo de hablarle de esta manifiesta violación de sus deberes; pero obligó á Pinzon á que restituyese á sus casas los cuatro hombres y las dos niñas que había arrancado de ellas, vistiéndolos muy bien, y haciéndoles muchos regalos, para compensar la injuria que habían recibido, ó impedir que los naturales tomasen ojeriza á los españoles. Pinzon manifestó con agrias palabras la repugnancia que tenía á devolver las robadas presas.

Estando el viento favorable, pues en aquellas regiones los vientos alternan con frecuencia en el otoño é invierno con brisas del Nor-Oeste, siguieron costean-do la isla hasta llegar al alto y bello promontorio llamado entonces cabo del Enamorado, y ahora del Cabron. Surgieron algo más allá en una dilatada bahía, ó más bien golfo, de tres leguas de ancho, y que se extiende tanto tierra adentro, que supuso Colon á primera vista fuese un brazo de mar que separaba la Española de otras tierras. Al desembarcar vieron que se diferenciaban los naturales de los apacibles indios que habían hasta entonces visto en la isla. Eran estos fe-

roces de aspecto, y de porte turbulento y belicoso. Iban pintados espantosamente, y llevaban los cabellos largos y atados por la espalda, y decorados con plumas de loros y otros pájaros de colores fuertes. Tenían arcos y flechas, clavos, y espadas de formidable especie. Eran los arcos tan largos como los que solían usar los sagitarios ingleses; las flechas de delgados juncos, con puntas de madera endurecida, espina ó hueso. Las espadas de madera de palma, tan dura y pesada como el hierro; no afiladas sino anchas, y casi de dos pulgadas de espesor, y capaces de abrir de un golpe el yelmo de un guerrero hasta los sesos. Aunque armados de un modo tan idóneo para guerrear, no intentaron molestar á los españoles; al contrario, les vendieron dos arcos y muchas flechas, y condescendió uno de ellos en pasar á bordo de la carabela del Almirante.

Cuando vió Colon la feroz mirada y audaz y altivo continente de este guerrero salvaje, creyó que fuesen él y sus compañeros de la nación de los caribes, tan temidos por aquellas mares; y que el golfo en que había anclado, era un estrecho separando su isla de la Española. Pero al preguntarle al indio señalaba todavía hacia el Oriente, como el punto en que se encontraban situadas las islas caribes. También habló el indio de una isla llamada por él Mantinino, y según entendió Colon, pobladísima de mujeres, que recibían á los caribes entre ellas una vez al año, con el objeto de continuar la raza en la isla. La progenie masculina que de esta visita resultaba, la mandaban á sus padres, conservando ellas las hembras.

Estas amazonas se nombran repetidamente en los viajes de Colon, y forman otra de sus ilusiones, que solo puede explicar la obra de Marco Polo. Describió aquel viajero dos islas semejantes de la costa del Asia, una habitada solo por mujeres y otra por hombres. Colon, creyendo estar en aquellos puntos, explicó los signos de los indios, de manera tal que coincidiesen con la descripción del veneciano.

Habiendo refrescado el guerrero á bordo de la carabela, y recibido varios regalos, volvió otra vez á sus playas de orden del Almirante, que confiaba abrir por su mediación comercio de oro entre sus compañeros. Al acercarse á tierra el bote, mas de cincuenta salvajes armados de arcos y flechas, clavos y lanzas, se vieron correr entre los árboles. A la primera palabra del indio que iba á bordo, arrojaron las armas y se adelantaron á recibir á los españoles. Estos, según las órdenes del Almirante, quisieron comprar algunas armas para llevarlas como curiosidades á España. Vendieronles los indios dos arcos; pero asaltados por repentina desconfianza, ó creídos de que subyugarían fácilmente aquel puñado de extranjeros, se precipitaron al sitio adonde habían dejado sus armas, las empuñaron arreatadamente y volvieron blandiéndolas con gritería y miradas amenazadoras hacia los españoles, trayendo cuerdas para atarlos. Estos los atacaron inmediatamente, hirieron á dos, y dispersaron á los otros aterrados de ver el centellante lustre y agudo corte de las armas toledanas. Los españoles los hubieran perseguido y muerto á muchos, pero los detuvo el piloto que mandaba el bote. Esta fue la primera contienda que tuvieron con los indios, y la vez primera que se derramó la sangre de los indígenas por los blancos en el Nuevo-Mundo. Colon sintió ver que habían sido inútiles todos sus esfuerzos para mantener un comercio amistoso con ellos; pero se consolaba con la idea de que si eran caribes ó indios fronterizos de belicoso carácter, les habría inspirado aquella escaramuza miedo á la fuerza y armas de los blancos, y no se atreverían á molestar la pequeña guarnición del fuerte de la Navidad. Eran empero aquellos indios de la tribu de los ciguayanos, osada y endurecida raza de un distrito montañoso, que se extendía veinte y cinco leguas á lo largo de la costa y muchas por el in-

terior. Difierían en idioma, modales y apariencia de los otros naturales de la isla, y tenían mas del rudo, pero independiente y vigoroso carácter de los montañeses.

Su franco y audaz espíritu se mostró al día siguiente de la escaramuza, cuando habiendo aparecido multitud de ellos por la costa envió al Almirante una partida bien armada en su bote. Los indios se acercaron sin vacilar tan confiados é impávidos como si nada hubiese sucedido, ni tampoco mostraron en todo el discurso de su comercio posterior signo alguno de enemistad ó de miedo. El cacique que mandaba aquellos países se encontraba en la ribera, envió al bote una sarta de piedrezuecas chicas ó mas bien de pedazos de concha, que creyeron los españoles signo de amistad y confianza, pero aun ignoraban el verdadero sentido de aquel símbolo, que era el tahalí de la paz sagrada entre los indios. El caudillo vino poco después y entrando en el bote con tres de los suyos, pasó á bordo de la carabela.

Esta franca y confiada conducta, signo seguro de una índole osada al par que generosa, fue apreciada en mucho por Colon. Recibió al cacique con mucha cordialidad, le presentó una refacción tan buena como podía permitirlo la carabela, particularmente de gallina y miel, exquisitos manjares para los indios, y después de enseñarle las maravillas del buque y hacerle regalos á él y á los de su comitiva, les envió á tierra contentísimos de su recibimiento. La residencia del cacique estaba tan lejos, que no pudo devolverle la visita, pero en prueba de alta consideración envió al Almirante su diadema de oro. Al hablar de estos incidentes no mencionan los historiadores el nombre del cacique, pero era sin duda el mismo que, algunos años después, aparece en la historia de la isla bajo el nombre de Mayonabex, jefe de los ciguayanos, conduciéndose con valor, franqueza y magnanimidad en las mas apuradas circunstancias.

Permaneció Colon un día ó dos en la bahía en el mas amistoso trato con los naturales, que le traían algodón, frutos y legumbres; pero como guerreros, ni aun para esto desamparaban sus arcos y flechas. De cuatro indios jóvenes que subieron á bordo de la carabela, recibió Colon tan interesantes noticias de las islas del Oriente, que determinó verlas á su vuelta para España, y aun persuadió á aquellos jóvenes á que lo acompañasen como guías. Aprovechándose de un viento favorable, se dió á la vela el 16 de enero antes de amanecer dejando la bahía, á la cual en consecuencia de la escaramuza con los isleños, puso el nombre de golfo de las Flechas, conocido hoy por el de Samaná.

Tomó Colon primero el rumbo del Nord-Este, en que hallaría según la aseveración de los indios, la isla de los caribes, y la de Mantinino, vivienda de las amazonas, deseando llevar consigo habitantes de todas que presentar á los reyes. Después de haber navegado como diez y seis leguas cambiaron de opinión los guías indios, y señalaron al Sud-Este. Esta dirección le hubiera llevado á Puerto-Rico, que en efecto se conocía entre los indios como la isla de los caribes. El Almirante viró sin detenerse hacia aquel punto, pero aun no había navegado dos leguas, cuando se levantó una favorable brisa para España. Veía que empezaba el descontento á oscurecer los semblantes de los marineros cuando se separaban en lo mas mínimo de la ruta de sus casas. Reflexionando sobre la poca influencia que tenía en los sentimientos y afectos de aquellos hombres, sobre la insubordinación que otras veces habían manifestado en el viaje, sobre la poca fé y lealtad de Pinzon, y el mal estado de los buques, cambió repentinamente de idea. Mientras su vuelta no se verificase, quedaba el descubrimiento á la merced de mil contingencias, y cualquier accidente adverso podía sepultarlo con su frágil

barca, y todos los recuerdos del viaje para siempre en el Océano. Combatiendo, pues, sus simpatías por lanzarse á nuevos descubrimientos, queriendo poner á salvo de cualquier avería sus magníficas conquistas viró de nuevo para España ganándose así los corazones de toda la tripulación.

CAPITULO II.

VIAJE DE VUELTA.—VIOLENTAS TEMPESTADES.—LLEGADA A LAS ISLAS AZORES.

(1493.)

Los vientos fijos, que tan favorables habían sido á Colon en el anterior viaje, llevándolo en popa al Nuevo-Mundo, le fueron á su vez adversos para el regreso. Pronto se disipó la favorable brisa; y lo restante de enero lo pasaron con vientos lieros del Oriente, que les impedían hacer grandes progresos. Detúvulos también con frecuencia el mal estado de la Pinta, cuyo palo de trinquete estaba inutilizado, y no podía hacer mucha vela. Hubiera Pinzon podido remediar en el puerto esta avería, si no se hubiese entregado exclusivamente á la recolección del oro. El tiempo continuaba apacible y sereno, y la mar en tanta calma, que los indios que iban á bordo se echaban de continuo á nadar al rededor de los buques. Vieron muchos atunes, de los que pudieron matar uno, y también un formidable tiburón; estos les dieron provisiones, de que empezaban á carecer; porque no tenían mas que pan, vino y pimientos, ó agües que los indios les habían enseñado á usar como alimento importante.

A principios de febrero, habiendo recorrido unos treinta y ocho grados de latitud Norte, y vencido el trecho de Océano en que reinan los vientos fijos, empezaron á tener mas favorables brisas, y pudieron tomar el rumbo de España. En consecuencia de los frecuentes cambios de dirección que habían tenido, llegaron á verse los pilotos muy inciertos en sus cálculos, cuyos resultados diferenciaban bastante entre sí, y todavía mas de la verdad. Colon además de llevar los suyos muy cuidadosamente, observaba con vigilancia todos los fenómenos, de donde infiere el experto navegante las longitudes y latitudes, mientras los inexpertos solo veían ante sus ojos la inmensidad del Océano. En todos sus viajes estudiaba las sencillas indicaciones que dan la mar, el cielo y el aire, con la atención de un gefe: el destino suyo y de sus buques dependió á menudo de estas observaciones en los desconocidos mares que había atravesado; y su extraordinaria sagacidad en descifrar los signos de los elementos, la miraban los marineros casi como una dote divina. En el presente viaje hacia España observó donde principiaban y concluían los grandes parches de yerbas flotantes; y al salir de entre ellos concluyó que estaría con corta diferencia al mismo grado de longitud donde los encontró á la venida; esto es, unas doscientas sesenta leguas al Occidente de Ferro. El 10 de febrero, Vicente Yañez Pinzon y los pilotos Ruiz y Bartolomé Roldán, que iban á bordo del bajel del Almirante, examinaron sus mapas, y compararon sus cálculos para determinar la situación en que se hallaban; pero no pudieron convenirse. Ambos pensaban estar lo menos ciento cincuenta leguas mas cerca de España de lo que Colon creía, y en la latitud de Madeira; mientras él se consideraba en la dirección de las Azores. Dejoles empero sumirse en sus errores y aun atizó sus disputas para aumentar su incertidumbre, con el objeto de que solo retuviesen una idea confusa del viaje, poseyendo él solo claro conocimiento de la vía que llevaba á las regiones recién descubiertas.

El 12 de febrero, cuando ya se lisonjaban de ver pronto la tierra, se enfurecieron de pronto los vientos, agitando la mar por extremo; pero conserva-

ron su rumbo hacia el Oriente, aunque con la mucha fatiga y peligros que la turbulencia de los elementos les causaba. Al otro día crecieron, al ponerse el sol, el mar y el viento; se vieron tres relámpagos al Nord-Este, los cuales consideró Colon como señales de próxima tempestad, ó bien de aquel mismo punto ó del opuesto. No tardó en desplegarse amenazadora y violenta sobre sus cabezas: sus quebrantadas, frágiles y pequeñas barcas, que hasta de cubierta carecian, eran poco idóneas para resistir las horribas tormentas del Atlántico; pasaron la noche á palo seco, arrebatados de una en otra parte por la furia de los vientos. Al rayar el día 14 hubo un corto intervalo, en que pudieron hacer vela; pero empezaron de nuevo las rachas del Sur, con doble vehemencia, rugiendo todo el día y aumentando su furor por la noche; y en tanto sufrían los buques embates y grandes trabajos por las procelosas aguas, y las altas olas amenazaban sepultarlos para siempre en lo profundo. Por tres horas se mantuvieron sin mas vela que la necesaria para escapar de las sañudas ondas; pero aumentaba la tempestad, y tuvieron que abandonar sus esfuerzos, y entregarse al fin á la merced de mar y viento. Lo mismo hizo la Pinta, y pronto desapareció entre las tinieblas de la noche. El Almirante se mantuvo cuanto le fue posible al Nord-Este, para aproximarse á la costa de España, y puso señales con luces, para que la Pinta hiciese lo mismo y no se separaran. Pero esta, por la debilidad de su palo de trinquete, no podía contrarestar el viento, y tuvo que correr con él en popa hacia el Norte. Por algun tiempo respondió á las señales del Almirante, pero se veían sus luces á mayor y mayor distancia, hasta desaparecer del todo.

Colon siguió impelido por los desatados vientos y el furioso mar toda la noche, lleno de funestos presentimientos acerca del destino de su propio buque y de temor por el de Pinzon. Al rayar el día no presentaba la mar mas que un pavoroso desierto de disformes y rotas ondas, cuya furia aumentaban los vientos de continuo; miró ansiosamente en derredor á ver si descubría la Pinta, pero no se hallaban ya vestigios de ella. Mandó entonces izar algunas velas para conservar su bajel delante de las olas, y evitar que alguna se le quebrase encima. Al salir el sol crecieron aun mas los vientos y el oleaje; y pasó la indefensa barca todo aquel temeroso día, arrebatada por los vientos, y perdida en el proceloso mar.

Viendo que era inútil todo esfuerzo humano, se empeñó Colon en aplacar la cólera del cielo con solemnes votos y actos de penitencia. Pusieronse por orden suya en un gorro tantas habas como personas había á bordo, y el signo de la cruz abierto en una de ellas. Todos hicieron voto de ir en peregrinacion, si les tocaba la suerte, á la capilla de Sta. Maria de Guadalupe, llevando una vela de cera de cinco libras. El Almirante fue el primero que puso la mano, y á él le cupo la suerte. Desde aquel momento se consideró como peregrino, obligado á cumplir el voto. Echóse tambien suerte para una peregrinacion á Ntra. Sra. de Loreto, y le cayó á un marinero llamado Pedro de Villa, á quien prometió el Almirante pagarle los gastos del viaje. Otra suerte se echó, en fin, para una peregrinacion á Sta. Clara de Moguer, donde había de celebrarse misa solemne, pasando en oracion toda la noche: esta tambien le tocó á Colon.

Y como continuase el furor de la tempestad, hicieron el Almirante y marineros voto solemne de que si les era concedido llegar á tierra, adonde quiera que desembarcaran, irían en procesion, á pié descalzo, á dar las gracias en alguna iglesia dedicada á la Sma. Virgen. Ademas de estos actos propiciatorios generales, cada uno hizo en particular su voto de peregrinacion ó vigilia, ú otro rito de penitencia y

accion de gracias, al santo de su devocion. Tal ha sido siempre la costumbre de los marineros católicos en tiempo de tempestad y peligro, pero mas especialmente en la edad de que hablamos. Los cielos, empero, parecían sordos á sus piadosos votos; la tormenta bramaba cada vez mas tremenda y horribosa, y todos se creían perdidos. La falta de lastre aumentaba el riesgo del buque; porque el consumo del agua y provisiones le había aligerado tanto, que era sin remedio alguno juguete de las ondas. Para remediar este mal, y darle mas estabilidad, mandó Colon que se llenasen de agua del mar todos los cascacos vacios, lo que hasta cierto punto mejoró su estado. En todo este largo y penoso conflicto de los elementos, era el ánimo de Colon presa de la mas profunda angustia. Temía que hubiese fenecido la Pinta. Si así era, la historia de sus descubrimientos, el secreto del Nuevo-Mundo dependía solo de su frágil barca, y cualquiera onda de aquel proceloso Océano bastaba para sumergirlo en perpetuo olvido. El torbellino de sus agitados ideas puede deducirse de la epístola dirigida á los reyes. «Hubiera llevado mi mala fortuna con mas conformidad, dice, si solo mi persona hubiese estado en peligro: así porque soy deudor de la vida al Sumo Criador, como porque otras veces me he hallado tan vecino á la muerte, que el menor paso era el último que bastaba para padecerla; pero lo que me ocasionaba infinito dolor y afán, era considerar que así como Ntro. Sr. fue servido de iluminarme con la fé y la certidumbre de esta empresa, en que ya había conseguido la victoria, así cuando nuestros contradictores habían de quedar convencidos, y VV. AA. servidos de mí con gloria y aumento de su alto estado, quisiese su divina Magestad estorbarlo todo con mi muerte; y sería mas tolerable cuando no fuese acompañada de la gente que traigo conmigo, con promesas de próspero suceso, la cual viéndose en tanta afliccion, no solo maldecía su venida, sino es el miedo ó el freno que les pusiesen mis palabras para no volver atras, como estuvieron resueltos á hacerlo muchas veces; y sobre todo esto, me doblaba el dolor la representacion de mis dos hijos, que había dejado en Córdoba, en el estudio, destituidos de socorro en tierra extraña, sin haber sabido que hubiese hecho servicio por el cual creyese que VV. AA. tuviesen memoria de ellos; y aun que por una parte me confortaba la fé que tenía de que Ntro. Sr. no permitiría que una cosa de tanta exaltacion de su iglesia, que con tantas contradicciones y trabajos había yo perfeccionado, quedase imperfecta y yo perdido; por otra parte consideraba mis pecados, por los cuales querria privarme de la gloria que conseguiria en este mundo.»

En medio de estas tenebrosas luchas el cielo sugirió á Colon la idea de que aun cuando su buque y él perecieran, pudiese sobrevivir su nombre y la gloria de sus hazañas, y asegurar á los soberanos las ventajas que ellas debían proporcionarles. Escribió en pergamino una sucinta relacion de sus viajes y descubrimientos, declarando haber tomado posesion de las tierras recién halladas, en nombre de SS. MM. CC. Lo selló y sobrescribió al rey y á la reina, añadiendo una promesa de mil ducados á quien quiera que presentase aquel paquete sin abrirlo. Luego lo envolvió en hule, poniéndolo todo dentro de una masa de cera, y esta encerrada en un barril vacío, y bien calafateado, la arrojó á la mar, haciendo creer á sus gentes que ejecutaba con aquello un voto religioso. Y por si acaso esta memoria jamas llegase á tierra, hizo una copia idéntica, que puso tambien guarnecida y encerrada sobre la popa del buque, de modo que si las ondas sepultaban la carabela, pudiese el barril flotar y sobrevivirle.

Estas precauciones mitigaron algo su ansiedad, y se desahogó mas todavía, cuando despues de grandes

aguaceros apareció al ponerse el sol una banda de cielo despejado al Occidente, inspirándoles esperanzas de que el viento se mudaría hacia aquel punto. Cumpliéronse sus deseos; sobrevino una brisa favorable, pero continuaba la mar tan agitada y procelosa, que apenas pudo el buque hacer vela en toda la noche.

Al romper el día 15 dió el grito de tierra Rui-García, uno de los marineros. El gozo de la tripulacion al ver otra vez el Antiguo-Mundo, fue casi igual al que alegró sus corazones al descubrir el Nuevo. Estaba la tierra al Es-Nord-Este, enfrente de la proa de la carabela, y acerca de ella manifestaron los pilotos la acostumbrada diversidad de opiniones. Pensaba uno que debía de ser la isla de Madeira; otro la roca de Cintra, cerca de Lisboa; pero los mas engañados por su ardiente deseo, creían que estaban cerca de España. Colon, empero, juzgando por sus cálculos y observaciones particulares, concluyó que sería una de las Azores. Al acercarse se vió que era en efecto una isla: distaba solo cinco leguas, y se congratulaban los viajeros con la seguridad de tomar pronto puerto, cuando repentinamente viró el viento otra vez al Es-Nord-Este, soplando de la tierra adonde iban, en tanto que la mar se agitaba en torbellinos huracan por el lado de Occidente.

Dos días estuvieron virando á vista de la isla, y esforzándose en vano en llegar á ella ó á otra que solían percibir de cuando en cuando al traves de las neblinas y nubarrones de la tormenta. En la tarde del 17 se acercaron tanto á la primera, que lograron anclar en ella; pero no pudo resistir el clable, y tavieron que hacerse á la mar de nuevo, donde permanecieron combatidos por la tempestad hasta la mañana siguiente, que volvieron á surgir y guarecerse en una cala. Pasó colon aquellos días en un estado tan triste y ansioso que apenas había podido tener descanso ni reposo alguno. Aunque padecía agudamente una afeccion de gota á que estaba sujeto, había conservado su vigilante lugar en el castillo de popa, sujeto al frío, al azote de la tormenta y al agua de las ondas. Hasta el 17 por la noche no logró cobrar un poco de reposo y quedarse dormido mas bien por cansancio que por tranquilidad de ánimo. Tales fueron las dificultades y peligros que tuvo que vencer á su vuelta á Europa: si una décima parte de ellos le hubieran disputado el viaje de ida, sus tímidas y facciosas tripulaciones se habrían opuesto con armas á la empresa, y nunca hubiera sido descubierto el Nuevo-Mundo.

CAPITULO III.

TRANSACCIONES EN LA ISLA DE SANTA MARIA.

(1493.)

Al enviar el bote á tierra, supo Colon que la isla adonde había llegado era Sta. Maria, la mas al Sur de las Azores, y propia de la corona de Portugal. Cuando vieron los habitantes al ancla aquel ligero buque, se admiraron en extremo de que hubiese podido salvarse de la tormenta que había durado quince días con nunca vista furia, pero el saber que aquella misma barca tan combatida de tormentas traía nuevas de un extraño pais mas allá del Océano, se llenaron de sorpresa y de curiosidad. A las preguntas de los marineros del bote acerca de un sitio en que pudiese anclar la carabela, respondieron señalando un puerto cercano; pero cuando iba á partir el bote, pudieron persuadir á tres marineros á que se quedasen en tierra, para contarles particularidades de aquel peregrino viaje.

Por la tarde saludaron tres hombres la carabela desde la isla, y habiéndolos enviado el bote, trajeron á bordo gallinas, pan y otros refrescos de parte de Juan de Castañeda, gobernador de la isla, que

decía conocer á Colon, y le enviaba sus felicitaciones y bien venida. Escusábase de no haberse allegado personalmente, por ser ya muy tarde y vivir demasiado lejos; pero prometía visitarlo á la mañana siguiente, trayendo consigo mas provisiones y los tres marineros que conservaba todavía, para satisfacer su extremada curiosidad respecto al viaje. Como no había casas por aquella playa, se quedaron los mensajeros á bordo toda la noche.

Al siguiente día por la mañana recordó Colon á sus camaradas el voto que había hecho en su reciente peligro de ir en procesion en el primer lugar donde desembarcasen. En la cercana playa, no lejos de la mar, alzábase una pequeña ermita ó capilla dedicada á la Virgen, muy propia para este objeto piadoso, que se dispuso Colon sin demora á llevar á cabo. Los tres mensajeros les enviaron desde el pueblo un sacerdote que les dijese la misa, y desembarcando la mitad de la gente, fue descalzo en procesion á la capilla, mientras esperaba su vuelta el Almirante, para ejecutar la misma ceremonia con el resto de la tripulacion.

Un recibimiento aguardaba, empero, á los fatigados nautas en las moradas de los hombres civilizados, bien diferente de la simpatía y hospitalidad con que los trataron los salvajes del Nuevo-Mundo. Apenas se habían entregado á sus rezos y acciones de gracias, cuando el populacho de la villa, á pié y á caballo, y con el gobernador á la cabeza, rodeó la ermita, y los hizo á todos prisioneros.

Y como se levantase una punta de tierra entre la carabela y la ermita, no pudo ver Colon aquel procedimiento. Cuando dieron las once, y aun no habían vuelto los peregrinos, empezó á temer que los hubiesen detenido los portugueses, ó que hubiese fracasado el bote entre las rocas y resaca que orillaban la isla. Zarpó, pues, y se dirigió hacia donde pudiese ver la capilla y costa adyacente, y divisó muchos ginetes armados, que apeándose tomaron el bote, y empezaron á bogar hacia la carabela. Todas las antiguas sospechas del Almirante, relativas á la enemistad de los portugueses contra él y contra sus empresas, renacieron en aquel momento: mandó á sus marineros que se armasen y conservasen ocultos, pero pronto á defender el bajel ó sorprender el bote. Este se acercaba en tanto del modo mas pacífico; el gobernador de la isla venía á bordo, y al llegar adonde pudiese ser oído, pidió palabra de seguridad personal, en caso de entrar en la carabela. La concedió desde luego el Almirante; pero los portugueses, desconfiados y poseídos de siniestros designios, se conservaron á una prudente distancia. Ya no pudo Colon por mas tiempo reprimir su indignacion, y acusó al gobernador de perfidia, reprendiéndole la injuria que hacia no solo á los monarcas de España, sino á su propio soberano, con tan deshonroso ultraje. Le hizo saber su rango y dignidad: le manifestó sus patentes autorizadas con el sello real de Castilla y le amenazó con la venganza de su gobierno. La contestacion de Castañeda fue un desahogo de su arrogancia, una muestra de desprecio hacia los decretos del monarca, y una serie de insultos á Colon, y concluyó diciéndole que él se había ajustado á las órdenes de su señor.

Despues de un ocioso altercado se volvió el bote á la playa, dejando á Colon muy incierto con aquella hostilidad inesperada, y temeroso de que en su ausencia se hubiese declarado guerra entre la España y el Portugal: Al día siguiente se levantó un tiempo tan proceloso, que fueron los españoles arrebatados del surgidero, y tuvieron que darse á la mar hacia la isla de S. Miguel. Grandes fueron los obstáculos que se vieron precisados á superar durante el espacio de dos días en que estuvo en gran riesgo la combatida barca, con la mitad de la tripulacion en tierra; sien-